



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 16.

JUEVES 16 DE JUNIO DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

SUMARIO.

INFLUENCIA DEL CURA EN LA CIVILIZACION DE LOS PUEBLOS, por Augusto Jerez Perchet.—LA SOMBRA DEL DIABLO. (Continuacion), por Francisco de P. Entrala.—LA POLITICA. (Conclusion), por Manuel Maria Guillen.—LA NUBE, por Fabio de la Rada y Delgado.—LOS TALISMANES, por Cecilio Navarro.—LETRILLA, por Iglesias.—AMBERES, por E. Texier.—A UNA POETISA, por Adolfo Miralles de Imperial.

INFLUENCIA DEL CURA

EN LA CIVILIZACION DE LOS PUEBLOS.

Hay un ser que influye muy poderosamente en la civilizacion de los pueblos, y es el cura: ese varon compasivo, dulce, bienhechor, humilde, sufrido; idealidad de nuestra santa religion. Ese ser, padre de todos los hombres; que á todos ellos socorre y ampara; que lleva piadoso el consuelo á los que sufren, el pan al hambriento, el consejo al extraviado, la luz de la verdad al ignorante; pues el sacerdote, siendo un hombre aislado, pertenece á todos los hombres porque se llaman sus hijos; y su corazon, cual manantial inagotable, encierra el puro rocío que dulcifica los dolores; y de sus labios emanan palabras celestiales que cauterizan las llagas de la vida.

El cura es en la tierra la imágen de Jesucristo; por eso debe estar adornado de las cualidades que adornaban al Divino Maestro. Asi, le vemos aislado en medio de la sociedad, pobre en medio de la riqueza, tranquilo en medio del bullicio. El se sacrifica desinteresadamente por los demás hombres, sin aspirar á ninguna recompensa, sin alabarse de sus sacrificios, sin exhalar por ellos una queja ni un suspiro.

En sus pesares y en sus alegrías; en sus desgracias y en sus venturas, llama el hombre

á la puerta del ministro de Dios, y siempre le encuentra dispuesto á prestarle su benéfico auxilio, ya sea para derramar el agua bautismal, símbolo del cristianismo, sobre la cabeza del recién nacido; ya para bendecir en nombre del cielo la union de dos vidas, de dos almas; ó para administrar los santos óleos al moribundo.

El sacerdote representa el principio y el fin de las cosas humanas. La nada y la eternidad. Lo finito y lo infinito. En una palabra, dos polos opuestos sabiamente armonizados.

El niño, ese anillo que enlaza por su inocencia á la criatura con el Creador, á la humanidad con su Dios; ese ser, consuelo de los ancianos, puesto que los hace vislumbrar la gracia eterna; alegría de los jóvenes, porque en su candor ven retratada la pureza de los ángeles; el niño, decimos, además de las lecciones que recibe en la escuela del pueblo, se acostumbra desde sus primeros años á oír los consejos del santo prelado que corrige sus pequeños defectos, y lo guia por el camino de la honradez. En la iglesia escucha asimismo su voz cuando predica á los fieles; y aquella voz dulce, grave y cariñosa, llena de bondad y sencilla elocuencia, es muy poderosa para grabar en su espíritu las sagradas máximas de amor y de virtud que enseña. El respeto con que todo el mundo mira al sacerdote; las simpatías que de todos se atrae, son igualmente causas de que el niño, siguiendo el ejemplo de las personas que le rodean, respete y ame al sacerdote.

Ved esa pobre jóven cómo llora, sola y triste, presa quizá de alguna desgracia que hiere su corazon. En vano sus amigas, ni aun su propia madre, han podido averiguar la causa de su amargura. La afligida niña de todos desconfía; á todos teme confesar el dolor de su alma. Solo una persona existe á quien puede abrir su pecho. Una que mejor que nadie le dará un consuelo piadoso; y á ella se dirige. No vacila, no tiembla; la confianza le da áni-

mo, porque sabe que va á oír palabras de esperanza, que calmarán sus pesares y enjugarán su llanto. Es el cura. El, siempre afable, siempre bondadoso y pronto á perdonar.

No se crea que hay exageracion en este cuadro. Por eso nos atreveremos á recomendar el mayor esmero en la eleccion de ministros para las aldeas. Si grande es la importancia y la influencia del sacerdote en las ciudades, es sin embargo mucho mayor la que ejerce en los pueblos. En aquellas hay medios de buena instruccion moral y religiosa, independientes del clero, mientras que en las aldeas, por el contrario, se derivan exclusivamente del cura. Este en la aldea, tiene mas á la vista el mal y el bien, y puede mas facilmente combatir el primero y propagar la práctica del segundo, porque de los magníficos espectáculos de la naturaleza, que ve ante sí continuamente, puede sacar lecciones provechosas. La naturaleza espléndida, rica, con sus magestuosas armonías, despliega á los ojos del hombre sus mil encantos, y el hombre admirado, confundido, se postra humilde ante los misterios de la creacion. ¡Qué bellas páginas de moral mas sublimes para el que sabe descifrarlas, para el que sabe interpretar el libro de la creacion! Por otra parte, el móvil principal, el primer elemento de quien debe partir el orden y las buenas costumbres, es el cura. Todas las miradas están fijadas en él, y su mal ejemplo puede ser motivo de funestas desgracias.

Una madre se ha separado de su hijo. La pobre mujer no sabe escribir, y recibe una carta del hijo de su amor. ¿Cómo leerla? ¿Cómo contestarla? Ella no sabe hacer ni una cosa ni otra, pero hay en el pueblo personas que la ayudarán. Sin embargo, á nadie quiere confiar la lectura de la carta que ha recibido, y menos todavía la respuesta que su corazon prepara á su hijo. Una persona puede descifrar los caracteres que la madre no comprende, y puede al mismo tiempo transmitir al papel sus pensamientos. A ella va, y gozosa de alegría

saca del pecho su precioso manuscrito. Por fin oye cuanto le dice su hijo, y oye también la respuesta que hace escribir. El cura se encargó de ambas cosas.

El sol va á ocultarse entre las lejanas cumbres de la montaña.

Es la hora del crepúsculo.

Los trabajadores de los campos vuelven á su hogar, de donde ven elevarse oscuras espirales de humo, símbolo cierto de que un ser amado vela por ellos, y aguarda impaciente su llegada.

Los aldeanos cansados, pero contentos, llegan á su aldea con la paz en el corazón y la alegría en el semblante; mas á la entrada del pueblo hieren sus oídos los metálicos ecos de una campana... es el toque de oraciones.

—¡La oración! murmuran todos, y descubriendo la cabeza con santa veneración, quedan inmóviles, fijos los ojos en la inmensidad, y entonando un rezo de misericordia al Señor, mientras se pierden en los espacios las melancólicas voces de la campana, que se elevan sobre todo lo humano y pequeño, como para dar á conocer que la religión se eleva siempre sobre todos los pensamientos, sobre todas las grandezas, sobre todas las miserias del mundo.

¡Qué cuadro mas tierno, mas sencillo y á la vez mas sublime, ver la multitud silenciosa, inmóvil y abstraída en un solo pensamiento; pero en un pensamiento divino que eleva sus almas á las invisibles regiones de la eternidad! El débil anciano descubre con respeto su cabeza, donde blanquea la nieve de muchos inviernos. El joven vigoroso deja ver su poderosa frente, y hasta el pequeño niño, sin comprender apenas lo que advierte, imita el ejemplo del anciano y del joven, y poseído quizá de una impresión indefinible, siente vagar su espíritu en la pura atmósfera de sus sueños inocentes.

Y ¿quién ha enseñado á los sencillos aldeanos á descubrir su cabeza en esta hora solemne? ¿Quién los ha enseñado á entonar un rezo de gracias al eterno Señor de los cielos? ¿Quién ha derramado en sus corazones los dulces sentimientos de amor, gratitud y respeto hácia nuestro divino Padre? El cura de la aldea. ¿Podremos negar ahora su influencia en las buenas costumbres y en la práctica de los actos religiosos, visto el cuadro que hemos presentado? Imposible.

Uno de los medios mas seguros para el desarrollo de los sentimientos cristianos en los pueblos, es sin duda la enseñanza en la iglesia de la doctrina y catecismo. Sería, pues, muy conveniente, que el cura de cada pueblo tuviese en determinados días de la semana cátedra pública de religión, destinando unos días para la instrucción de niños y otros para la de adultos.

No creo necesario probar lo conveniente de esta práctica, ni los buenos resultados que produciría. El respeto y la autoridad que lleva en sí la palabra del sacerdote, son de muy poderoso influjo para grabar en el corazón de los aldeanos las santas máximas de nuestra religión, que de este modo nunca se olvidan; antes al contrario, forman el pedestal sobre el que se eleva mas tarde el edificio de la educación.

Que los curas de aldea tengan presente su misión, aplicándola al cargo que desempeñan; que se entreguen por completo y con verdadera caridad á la educación religiosa de los campesinos; que no descuiden una ocasión, un momento en derramar su saludable influencia, y veremos penetrar la civilización en los campos; y veremos á nuestros aldeanos libres de las tinieblas y de la ignorancia que envuelven su corazón.

Difícil es la obra; grandes los obstáculos que se le oponen; pero mas grandes deben ser la fe y la caridad que alienten en su santo ejercicio á los ministros del Señor.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

LA SOMBRA DEL DIABLO.

(CONTINUACION.)

XXIII.

¿Qué es tiempo? no ha mucho que un escritor eminente nos decía: á quien me defina que cosa es tiempo, le diré qué cosa es cosa. Y sin embargo, tiempo para nosotros es la poderosa palanca de la ilustración; el soplo vivificador de las sociedades; la historia de ayer, la idea de mañana, la esperanza de hoy, el misterio de siempre. A su carrera vemos hundirse los pueblos, regenerarse las sociedades, trocarse las costumbres, metamorfosearse las naciones: ¡Cuán breves años bastan para ver cambiada la faz de una generación!

¡Si nuestros abuelos se levantaran de la tumba, se quedarían asombrados de la acción del tiempo!

El no ha bastado todavía á terminar esa lucha entre lo nuevo y lo viejo, lo dudoso y lo cierto, lo pequeño y lo grande.

Y sin embargo, el espíritu de hoy se muestra regenerador en todo; el espíritu de ayer, creyente en demasía, y de la exageración de ambos nacen la composición de las costumbres y el desenfreno social...

El hombre de hoy ha alcanzado todavía una época, de retraimiento, de sujeción, de fuerza, que le retrasaba en su carrera hácia el mundo; pero en esa misma época la luz del progreso hirió su oprimido espíritu, y seducido por ella desvaneció las tinieblas que le rodeaban y se lanzó con incierta planta por la senda del *porvenir*. Las consecuencias de una evasión repentina, que no reconoce por causas la observación, ni por norte la experiencia, se están esperando por desgracia... Sin embargo, esa es la senda que debemos seguir, ese es el camino que los demás pueblos nos marcan en su historia; esa es la luz que nos conduce al bien, única aspiración del hombre, y cuando el tiempo nos muestre con seguridad el camino, cesará este desenfreno, este desbordamiento, esta desmoralización universal y las sociedades se dirigirán con rumbo seguro hácia la perfección.

Alberto, hijo como nosotros de esa época, había sido educado en la soledad; ignoraba los atractivos del mundo en un principio, pero iniciado en ellos, por el *sueño* que tuvo al abandonar la casa de sus padres, deseaba conocerlos sin observar que ellos labraban su desesperación y su infortunio... Su espíritu, luchando desde aquel momento con los gérmenes del *bien* y del *mal* que en todo hombre, como en toda nación se desarrollan, procuraba combatirse á sí mismo, pero le era difícil, mas bien imposible, porque son muchos los enemigos morales y materiales de la *conciencia*.

En los años que han trascurrido, Alberto Martínez, que tal era su apellido, había perdido su padre, sus tesoros, su amor, y lo que es mas, al hombre que le salvó la vida y que á su muerte le dejó por heredero de sus bienes ó instalado en la capital de España.

Alberto, de pobre que se había visto, hallóse joven, bien parecido, poseedor de una fortuna inmensa, solo, y pensó en rodearse de toda clase de placeres; pero bien pronto su razón se opuso á aquella idea haciéndole desistir por el momento.

Sin embargo, en su soledad necesitaba un ser que le distrajese y le aconsejase, para lo cual trabó amistad con un joven de *escelentes* condiciones...

Se llamaba Antonio Bazan, y era conocido en toda la corte por sus conquistas amorosas y su carácter audaz é impetuoso; paseante perpetuo de la Carrera de San Gerónimo; visitador general por nombramiento propio de todos los garitos de la capital y apasionado del escándalo, no había joven que no le huyese, ni mujer honrada que no lo despreciase, ni persona de cierta clase que no le mirase con repugnancia. Una coincidencia le hizo cono-

cer á Alberto, y desde entonces él, porque lo necesitaba ó necesitaba de su dinero, y nuestro héroe porqué Bazan le imponía en los misterios del mundo, se hicieron amigos, pero amigos íntimos como Píldes y Orestes. Alberto había adquirido la costumbre de ir cuotidianamente á visitar la tumba de su último protector; pero Bazan le hizo observar que aquel tributo de gratitud era una niñería, y Alberto no volvió mas.

En sus últimos años de orfandad, Alberto paseaba por la mañana, leía á la tarde, estudiaba á la noche, y raros momentos eran los que pasaba sin acordarse de Carlota.

Pero despues Antonio le hizo ver que el estudio debilita en vez de fortalecer, y que aquella vida monástica y retirada no estaba bien en un joven llamado á disfrutar de los placeres del mundo...

Un espíritu recto, grande, abnegado, que se aísla por completo, resiste, ayudado por su razón, á los halagos de la materia; pero cuando ese mismo espíritu se encuentra en contacto con los que se agitan en esfera diferente, cede, flaquea, se estremece y concluye por sucumbir...

Así le sucedió á Alberto.

Con la ayuda de Bazan, bien poco tardó en tomar carruajes que ambos disfrutaban: caballos que eran la admiración de la corte, y un palacio á la moderna, que rivalizaba en lujo con los de Salamanca y Calderon. Alberto empezó por encolerizarse cuando se ajaba la honra de una mujer ó la reputación de un hombre: despues se acostumbró á oírlo en silencio; luego con indiferencia, y mas tarde con fruición, con alegría, con cinismo. Al principio, la sola idea del juego le estremecía; pero despues vió que aquí el artesano, allí el empleado, aculla el padre de familias jugaban, y él, que se veía con mas medios y menos obligaciones que aquellos, creyóse menos culpable si lo hacia.

Sin embargo, díjose muchas veces: esos son la escepción de su clase; pero Bazan, que era el encargado de desvanecer sus dudas, le contestó:

—Desengáñate: esas son preocupaciones: tú debes jugar por distracción, por recreo, por pasatiempo: si fueras solo no te lo aconsejaría; pero ahí tienes duques, marqueses, condes, barones, propietarios y aun caballeros particulares que lo verifican por considerarlo de buen tono.

Tanto le ponderó Antonio las escelencias del juego, que Alberto entró en una casa de aquellas solamente por ver lo que se hacia, continuando por dejar sobre el tapete una onza, luego dos y hasta diez que llevaba en el bolsillo.

Y llegó un día en que parecióle *pasatiempo* lo que antes había considerado *vicio*.

Este era, á no dudar, el primer paso que daba en el sendero del *mal*.

Pocos meses despues, Alberto se hallaba siempre rodeado de amigos, que jamás dejaban de acompañarle, en el palacio, en paseo y *sobre todo* á la hora de comer. No había espedición en que ellos no se encontrasen, ni convite á que no asistiesen, pagando en todos casos nuestro joven, porque no era posible que ellos le infiriesen el agravio de poner en duda su esplendor. Es triste, pero cierto desgraciadamente que el espíritu del hombre sensible, mas que otro alguno, á la lisonja y á la adulación, se envanece con esta, y una vez embriagado por ella, presta ciega obediencia á los demás; así le sucedió á Martínez, que subyugado por las continuas estratagemas de Bazan, fue caminando poco á poco hasta el abismo de la degradación... Entre tanto sus tesoros se agotaban, y colocado ya en una esfera de la que le era imposible descender, tuvo que pedir cantidades á *rédito*, para continuar con su *rango* y su ostentación.

Relacionado con la familia de Fuentealegre, conde sin rentas, que en otras ocasiones le había ofrecido desde la cabecera de la mesa de juego, su casa y sus servicios, pensó en

utilizar estos pidiéndole una alzada cantidad que le sacase de sus compromisos por el pronto. El conde le recibió con afabilidad y no vaciló en complacerle, por haber ganado más de 20,000 duros, que era lo que Alberto necesitaba, en la noche anterior. Después, con intención tal vez siniestra, le condujo al gabinete en que su esposa y su hija Adela se encontraban, y le presentó á su familia.

Adela, que contaría apenas veinte años, era alta, pálida, delgada, y sus cabellos negros como el azabache, y levantados en forma de erizan sobre su frente, prestaban á esta no sé qué de diabólico y sombrío. Sus ojos grandes, negros, rasgados, brillaban con una expresión indefinible de tristeza, y sus labios pálidos y contraídos parecían estar reprimiendo continuamente palabras de cólera y de indignación...

Al aparecer Alberto en la estancia, Adela y su madre se sonrieron ligeramente, pero ninguna de ambas dirigió una sola mirada á Fuente-alegre; antes bien parecía que su presencia les había causado cierto terror, del que no se podían desprender...

Alberto habló del tiempo, de sus trenes, de la Fuente Castellana, de los *soirees* del marqués A., y las rarezas de la baronesa de B., y cuando los recursos de la conversación se le agotaron, tomó el sombrero y se dispuso á salir.

Adela dirigió á Martínez una magnética mirada que este recompensó con otra más fascinadora, ínterin el conde se sonreía.

Pasado un momento, Alberto se despidió...

Una vez en la puerta de la estancia, dijo Fuente-alegre:

—La familia está sola casi siempre, y no dudo que usted nos seguirá honrando con sus visitas... adios...

El joven hizo una ligera cortesía en señal de reconocimiento, y dirigió á Adela una rápida mirada antes de partir.

XXIV.

Aquella mirada fue acompañada de un suspiro.

Y el suspiro hizo latir el corazón, y el corazón estremeció al alma, y el alma, asomando á sus ojos, dejó escapar el primer rayo de una esperanza concebida.

Y Alberto montó después en su carruaje, y crugiendo la fusta sobre el lomo de sus caballos, se alejó rápidamente con objeto de buscar á Bazan para hacerle partícipe de sus expresiones del momento.

El carruaje se detuvo por último delante del Suizo: Martínez saltó desde el estribo á la acera, y haciendo crugir y sonar alternativamente los diges de su reloj y el charol de sus botas, atravesó por entre multitud de cómicos, vagos, jugadores y toreros, á quienes dirigió ya un saludo, ya una sonrisa, ó bien un apretón de manos según su amistad y categoría, hasta internarse en el café.

En el primer salón hallábase Bazan tomando unos *pastelillos* á cuenta de su amigo.

Su primer movimiento al ver la alegría que revelaba el rostro de Martínez, fue de asombro y de estupefacción: estupefacción que le hizo engullirse de una vez uno de los pasteles, cosa que le produjo náuseas, arcadas, sudores y no pocas gesticulaciones. En este estado, justo, justísimo era pedir una copa de *champagne*, no tanto por desahogar su laringe, cuanto por amenizar á *tragos* la conversación que esperaba tener; y como no es elegante pedir una *botella* para solo una copa de gasto, optó por reclamarla entera, dirigiendo antes á su amigo la siguiente pregunta:

—¿Tienes dinero?

—¡Pues hombre, no faltaba más!

—Yo también... pero como eres así...

—Haces bien. Donde yo estoy...

—¡Nada! nada... no te ofendas... mozo... una botella de champagne, dos cafés y la bandeja de los cigarros... chico, continuó dirigiéndose á Alberto... no creas... yo con un

sorbo estoy satisfecho... pero tú estás triste y es necesario que bebas... pensativo y el tabaco es el primer estimulante del pensamiento.

—¡Gracias por tu cuidado!

—Con que veamos... el conde aceptó...

—Todo.

—¡Eh! ¿qué?... pero... los veinte mil...

—Míralos, dijo sinceramente Alberto, mostrando los billetes á su amigo.

—Ca... caramba... pero...

—Ya lo verás, y además cierta conquista amorosa.

—¿Tal vez su hija?

—La misma que viste y calza.

—Y piensas...

—Amarla toda mi vida...

Con tal energía pronunció Alberto las anteriores frases, que Bazan no pudo reprimir un ligero gesto de envidia ante la idea de que una mujer le sustrajera de sus manos aquella mina inagotable de cuya explotación se juzgaba dueño.

El mozo, no obstante, se encargó de disipar algún tanto la pesadumbre que aquejaba á su *parroquiano*, llegando con cuantos artículos le había pedido.

Bazan, preocupado tal vez, apuró sorbo á sorbo la botella, guardóse los cigarros, se bebió el café, y no contento con esto se engulló uno tras otro cuantos terrones de azúcar había en el platillo de su amigo.

Alberto pidió *nuevas dosis*, y continuó el diálogo.

—Me gusta, dijo, porque es fascinadora.

—¡Eres un niño!

—¡Si lo fuera, no tendría el discernimiento suficiente para saber que me conviene!

Bazan, al oír esto, lanzó una estrepitosa carcajada.

—¡Que te conviene! arguyó... es decir que le sacrificarás tu libertad; tu vida, tus riquezas! ¡es decir que una mirada, un suspiro, una sonrisa, bastan para producirte una voraz é inextinguible pasión!... y te casarás para que como á otros tantos te señalen con el dedo. Entonces... ¿sabes tú lo que entonces ha de sucederte?

—Lo sé.

—¡Sí! pues yo también... que cogerás una pistola y antes de un año te saltarás la tapa de los sesos.

—O no.

—¡Vaya! cuando veas que tu esposa se convierte para tí en una verdadera esposa de hierro; cuando veas... ¡oh! pero no es posible... no es posible que esto suceda.

Bazan quedó pensativo como quien acaricia una idea salvadora, y Alberto comenzó á apurar silenciosamente una de las panetelas que el mozo llevó por segunda vez.

—Vamos, dijo por último...

—Vamos...

Los dos amigos subieron en el carruaje, y ya se dirigían hácia el palacio de Martínez, cuando dijo Bazan...

—¿Qué? ¿nos vamos á tu casa?

—Sí...

—Pues ¿y la cita? ¿y el juego? ¿y la partida que tenemos proyectada?

—Me arrepiento: con el dinero que llevo en el bolsillo atenderé á los compromisos más urgentes, y mis rentas quedarán libres como antes.

—Insensato; ¿no observas que ese dinero es muy poco? pagarás, no lo dudo... mas luego te encontrarás con nuevos conflictos, y sobre ellos un déficit de 20,000 duros que irremisiblemente tienes que pagar... el juego, en cambio, puede proporcionarte medios para todo.

—Déjame, Bazan! quiero vivir como vivía: ¡ser feliz!

—Corriente, chico... vive como vivías... es decir, muere encerrado entre cuatro paredes, sin placeres, sin distracciones, sin nada: si esa es tu felicidad, realízala; pero renuncia á esa mujer, de quien *eléctricamente* te has enamorado. Y renunciarás, porque ella no podrá pasar sin lujo, sin galas, sin riquezas, sin

trenes, sin palacios, que no le ha dado su padre porque le has hecho ambicionar para lo sucesivo.

Alberto pesoso, pero convencido y dispuesto á seguir su destino, hizo girar á los caballos en opuesta dirección á la que llevaba en un principio.

Esto era sin duda lo que Bazan apetecía, porque su faz resplandeció con la alegría del triunfo.

XXV.

Eran las cinco de la tarde del mismo día, cuando Martínez, á pie, con el rostro macilento, la mirada entumecida, el sombrero inclinado sobre las cejas y las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, entraba en su palacio, sin que Bazan le acompañase ni apareciese el carruaje en que había salido.

Preocupado tal vez con algún negocio de gravedad, pasó sin reparar en un hombre, que apoyado en la verja del jardín, le miraba con vehemencia.

Luego que aquel hubo desaparecido, el que le había estado observando sacudió ferozmente la cabeza y oprimió con sus nerbudadas manos las metálicas barras de la verja, agitando los brazos con tal fuerza, que parecía quererlas arrancar de su base.

Este nuevo ó viejo personaje que para nosotros podrá encerrar algún misterio, no lo hubiese tenido seguramente para aquellos de nuestros lectores, que acertando á pasar en aquel momento por las inmediaciones, hubiesen reparado en el vestido y rostro de aquel.

Una figura siniestra, demacrada, sombría, resguardándose del frío ó del calor con algunos harapos miserablemente prendidos sobre el cuerpo: una figura cuyos cabellos grises como la barba caen desordenadamente en derredor de su rostro, curtido por el sol y por el viento, pero en la que á pesar del hambre, la desnudez y la miseria, se observan rasgos característicos de una pasada medianía, es el terror ó el motivo de algunas conversaciones en todas ó casi todas las provincias, pero no en las grandes ó pequeñas capitales de Europa, donde esas figuras errantes encuentran horizonte más ancho para ocultarse á los ojos de la sociedad. Quien no haya venido á Madrid no creará en esa serie de mendigos *decentes*, que después de ser el azote de la miseria, de la degradación ó del crimen, caminan automática ó intencionadamente desde el inmortal monumento del *Dos de Mayo* hasta el estanque del *Retiro* y sus inmediaciones; desde la *Plazuela de Oriente* hasta la *Cuesta de la Vega*; desde el *Paseo de Atocha* hasta la *Plaza Mayor*. Y sin embargo, pululan por todas partes como firmes sostenedores de la idea del suicidio: como anatemas constantes de los vicios encarnados en la sociedad, cuya presencia rehuyen, ó como peregrinos que arrojados de sus hogares por la mano de la desgracia, pasan su vida en brazos de la naturaleza, que es el hogar de Dios. Observándolos y tratándolos es como se comprende cuán perjudicial le es al hombre huir de las gentes que le rodean, ó entregarse al desenfreno de sus pasiones... Seres que indudablemente habrán sido afortunados, dóciles, inteligentes en su juventud, les vemos díscolos, rudos, insensatos, en la soledad. La abnegación y la corrupción producen á veces idénticos resultados. El hombre que con el convencimiento íntimo de que su conciencia siente el amor al bien, á la justicia, al deber, que son los atributos de esa misma conciencia, clama por practicarlos, y pide algo en que utilizar sus brazos, su inteligencia, sin que nadie conteste á su llamamiento; el hombre que con valor para sufrir, con espíritu para trabajar, con el orgullo que en el alma produce la posesión de sentimientos magnánimos y levantados, escucha la indiferencia con que le punzan y la ironía con que le escarnecen, y la mofa con que le miran, y el cinismo con que le rechazan, sin que por ello se le atienda, ¿qué extraño es que torne en odio reconcentrado su amor, en descreimiento su fe,

en iniquidades ó estravagancias cuando menos su afán de justicia? Pues bien; estos seres que caen indudablemente del entusiasmo del momento en la esperanza de mañana, de esta en

la indiferencia, de la indiferencia en la duda, de la duda en la incredulidad, de la incredulidad en el sarcasmo, del sarcasmo en el abandono, del abandono en la miseria, de la mise-

ria en la abyección, y de aquí en la dehehencia, producida por los choques perpetuos de la primer idea, esos son los que víctimas de una sociedad corrompida, buscan gentes á



TIPOS ESPAÑOLES.—Voluntario catalán en tiempo de guerra.

quienes narrar sus cuitas en la soledad... ¡Y cosa extraña! algunos de ellos son apóstoles de nuestra política, apóstoles que recogen una idea salvadora y mueren antes de verla realizada: genios que viven en la oscuridad y en la ignorancia sin que nadie acoja sus pensamientos; seres que se aíslan para conservar la

pureza de su alma á costa del mutilamiento de su cuerpo... mendigos cuyos harapos envuelven bajo su exterior de barro un corazón de oro: víctimas augustas cuyas desgracias debemos respetar como ellos respetan nuestra desmoralización. No hay que confundirlos, sin embargo, con los que á pesar de la cor-

rupción del espíritu, hacen vano alarde de su linaje, de su educación, de sus principios, porque esos que intentan borrar sus manchas con el brillo de los demás, son, más que mendigos ó desgraciados, criminales justamente arojados de nuestro seno.

Perdona, lector, esta desgracia, y sabe que

á esa última clase pertenecía el que nos ha inspirado estos desaliñados renglones.

Algunos momentos despues de la desaparición de Martinez, aquel mendigo, cuya fisonomía no nos es desconocida, lanzó un rugido de cólera y se apartó desesperado de la verja.

Haciendo horribles gesticulaciones y apretando los puños con ira, dió la vuelta alrededor del palacio hasta encontrarse con una mujer, haraposa y miserable, que sentada en un trozo de piedra, parecía esperarle.

—¿Qué hay? le dijo instantáneamente...

—¡Nada! ¡no he tenido ocasion para realizar nuestro proyecto!

—Si la primera vez que lo cogiste, le hubieras apretado bien el pescuezo, no nos ocurriria esto...

—¡Calla!...

—¡No, no y no!

—Calla...

—No, no: eres un cobarde: si yo tuviera tus calzones te aseguro que para siempre hubiera acabado nuestra peregrinacion.

—Te aborrezco...

—Pero no te separarás de mí lado, porque si tú eres el instrumento que obra, yo soy la cabeza que piensa.

—Y esperar otro dia!...

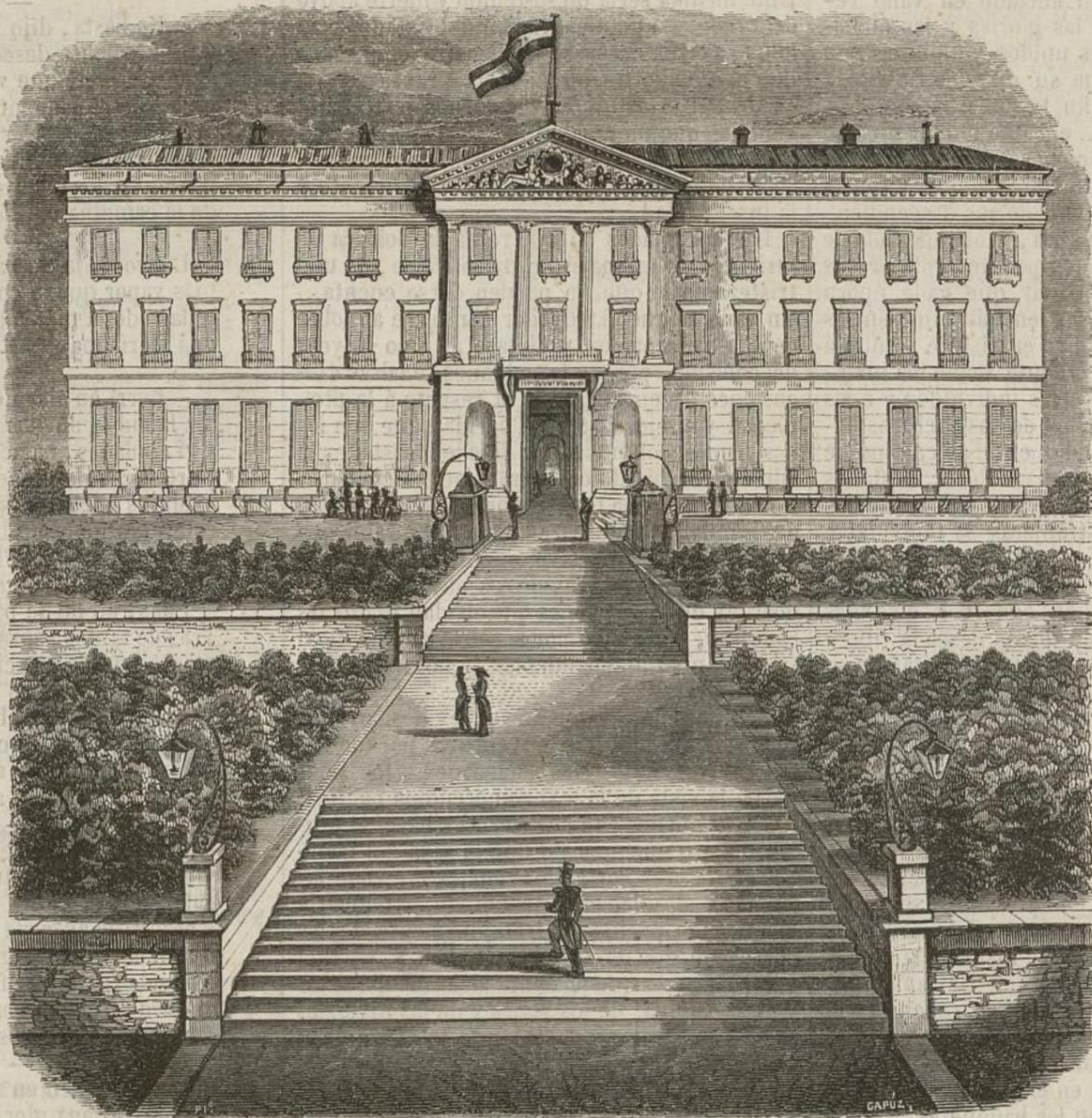
—Y ciento, si continúas como hasta aquí...

—¡Te aseguro que no!...

—Veremos... ¿pero sabes lo que tenemos que hacer ahora?

—Dí.

—No perderle de vista ni un momento: averiguar su vida como hemos averiguado su paradero, y esperar.



VISTAS DE MADRID.—Ministerio de la Guerra.

Poco despues ambos estendieron sobre el suelo un trapo con pretensiones de servilleta y sacando de un morralillo que ella llevaba dos pedazos de pan y un pucherete en el que habia algunos pimientos y cebollas, se pusieron á comer con ansia, con fruicion.

Mas tarde, ella se recostó sobre una piedra, y él se puso á velar su sueño, sin perder por esto de vista el palacio de Martinez.

(Se continuará.)

FRANCISCO DE P. ENTRALA.

LA POLÍTICA.

(CONCLUSION.)

III.

La política todo lo empequeñece, todo lo tironiza, todo lo despoja de la verdad y de la gloria, y sujetando á su capricho y egoismo el saber y la ciencia, hace ilusorios los bienes que podrian dar al mundo los adelantos del ingenio humano... ¿De qué sirve que Gutemberg arrojase á la eternidad multiplicada la palabra, si su admirable invento le vemos con-

vertido en cruzada de desunion cuando la política echa mano de él?... ¿De qué sirve que corra el pensamiento con instantánea velocidad conducido por eléctricos alambres?...

La guerra promovida por la política se hace raquítica y miserable; nosotros vemos su rostro siempre horrible. Pero al menos nuestros abuelos y nuestros padres se arrojaban con frente erguida á la pelea movidos por grandes causas, buenas ó malas, en busca de grandes efectos: *todo ó nada* era su divisa: todo en sus guerras era grande... Y nosotros, ¿cómo y por qué nos lanzamos á los combates? ¿qué buscamos en sus horrores? ¿qué gloriosa conclusion les damos?... La política, por medio de la pluma de la diplomacia, su inseparable secretario, acompañada no pocas veces de la intriga, contestará por nosotros.

¿De qué sirve que el soplo de Dios haga vibrar el arpa del poeta, si cuando éste se echa en brazos de la política no prosigue su canto de amor y de gloria, haciendo llorar á la patria el tiempo tan lastimosamente robado á su grandeza?... ¿Qué sucesos verdaderamente insignes inspira á los pintores? ¿Qué portentos presenta á nuestros ojos con el cincel de la escultura? ¿Qué maravillas levanta con la

arrogante arquitectura?... Nada... relega al olvido lo uno, vende lo otro ó quizá contribuye á la pérdida de mucho, y empuña la palanca destructora para demoler maravillas que fueran la admiracion del mundo... Y siéndole tan fácil destruir, se encuentra impotente para crear, dándonos de vez en cuando una obra frágil y pequeña, parodia triste de belleza por su total carencia de hermosura y de grandeza...

Los gloriosos aniversarios que recuerdan las hazañas ejecutadas con heroismo por los pueblos en union, contribuyen á la alegría general; pero cuando la discordia divide á las naciones, triste es ver llorar á una parte del pueblo á la par que la otra rie celebrando la memoria, no de las victorias, que no lo son entre hermanos, sino los desastres de luchas vergonzosas y despiadadas carnicerías de infausta recordacion...

El odio y la tristeza se levantan en el seno de las familias cuando la política envia á la estéril discusion á llamar á la puerta de sus hogares. Vése á muchas de ellas que fueran dichosas y felices sumirse en la mas desconsoladora indigencia, quizá desaparecer sus individuos por el sentimiento ó la falta de sub-

sistencia, y oscurecido el porvenir de los hijos, que de otro modo pudieran haber sido la gloria y el orgullo del país que les viera nacer... Y por ella el que en su cuna se viera rodeado de comodidades, se hunde en la miseria, y se convierte en poderoso capitalista el que saliera de la nada ó de humilde oscuridad... El padre niega su sagrada bendición á la hija enamorada del mancebo que no profesara sus ideas, ó quizá ella misma le rechace en su incomprensible desvario... La triste madre oye con horror los insultos que se dirigen sus amados hijos, envueltos en rencorosos y sangrientos himnos populares, sin escuchar los maternales suspiros en su intolerante obcecación... El débil anciano en vano recuerda á la juventud las glorias y las dichas de otros tiempos mas unidos y dichosos, en vano les profetiza que su marcha fratricida les conducirá á un fin triste y lamentable, quizá á la esclavitud... ellos no le hacen caso, se rien de sus exhortaciones, y el desgraciado se hunde en el sepulcro con la agonía y sentimiento del triste porvenir de sus descendientes y de su querida patria, y abandonado de ellos, si no despreciado, por no profesar sus mismas ideas, sin meditar que cada época tiene las suyas como las tendrán tambien las venideras... El corazón se entristece viendo á la política lanzar con cruenta mano los infortunios y desventuras á los individuos y á las sociedades. Ella los arroja de sus pacíficos hogares para que emprendan el triste camino de la emigración... Ella les hace llorar, sentados en las márgenes de los rios y orillas de los mares de tierras extranjeras la inolvidable pérdida de su querida patria... Ella les encierra con su ciega intolerancia en lóbregas prisiones donde los infelices aguardan dias mas dichosos y tolerantes en que la deseada libertad rompa sus cadenas, y les haga cesar en su amargo llanto y en sus profundos suspiros... y por ella ¡ay! muchos desdichados encuentran su sepulcro en la profundidad del Océano sujetos con las cuerdas de la deportación, ó caminan al suplicio cual viles criminales por delitos del pensamiento, que la razón nos dice ser incuestionablemente libre...

En las fiestas populares, en los palacios del poderoso, vése á los amantes alejarse de las hermosas que estrechaban en delicioso vals para echarse en brazos de la malhadada política... Véseles abandonar el celestial amor por entregarse á discusiones que les roban la salud, la juventud y la vida... y en su incomprensible afán abandonan el tiempo precioso que pudieran emplear en el placer y en la felicidad... ¿Qué pasa en los banquetes? ¿reina en ellos la alegría? los brindis harán olvidar la dicha... quizá en ellos se oiga la voz de la desunión, quizá injurias que promuevan la deplorable discordia...

La política penetra hasta en las diversiones públicas, y obliga muchas veces á la comedia á representar sus obras haciéndola ser un instrumento de intrigas y de rencores, en vez de recreo y de útil enseñanza, bella misión para que fue destinada...

En sus continuas y volubles peripecias invade las oficinas, arrojando de ellas á hombres beneméritos y encanecidos para dar lugar á otros muchos cuyo mérito es hacerse ó aparentar ser sus mas rendidos esclavos abandonándolos á su vez en su estabilidad. Tan incesante y continuo movimiento forma esa desdichada y numerosa parte de lo que llamamos *clases pasivas*, cuyos desgraciados individuos nos son conocidos con el desconsolador epíteto de *cesantes*... Vése á estas pobres víctimas de la política deshacerse del moviliario y de la ropa con que brillaran en sociedad en dias mas dichosos y felices, y hasta de las reliquias que les legaran sus antepasados para hacerse con un pedazo de pan que les libre momentáneamente de la muerte... Véseles firmar un pagaré que figura por excesiva cantidad por otra insignificante que recibieran de un despiadado prestamista, para evitar la ruina de su familia, quizá la muerte ó la prostitución

de sus hijas... Véseles asediados por el casero que les exige el alquiler de su habitación arrojándolos, por último, de ella, si no les es posible cumplir la deuda que contrajeran y la que en adelante no podrán satisfacer... Y véseles al fin, despues de mil desdichas y desengaños convertirse en humildes pordioseros y aun morir en la mas desconsoladora miseria. Con tan lamentable desorden, originanse perjudiciales males y de una trascendencia por demás lamentable: el tesoro se graba con una deuda que pudiera muy bien remediar observando la conveniente inamovilidad de los empleados, cerrando además por este medio la puerta al favor y á la intriga; y quizá semejante medida sería un sostenido y fuerte apoyo del orden. La administración del Estado sería lo que podría desearse servida por empleados que el tiempo les ofreciese la práctica, y la seguridad el estímulo y celo por el trabajo, ventajas que no pueden menos de ser rechazadas desde el momento en que la política arroja sobre las dependencias el decaimiento y la inseguridad.

Las sociedades en que reina la política se resienten de un malestar inesplicable, de una tristeza de la que no pueden darse cuenta... En vano es que el Salvador consolase al pobre con la resignación y dictase al rico huyera del egoísmo, porque los engaños de falsas discusiones hacen negativos el respeto á la propiedad y el ejercicio de la caridad que son las dos firmes columnas que pueden sostener el edificio combatido de la trabajada sociedad... De aquí esa lucha tenaz y porfiada que arrastra á la humanidad á un precipicio lamentable que con nuestro compasivo aliento quisiéramos apartar y detener: ¡ay de los pueblos desunidos! ¡ay de las naciones que olvidan lo que les conviene, trabajadas por la estraviada política! ¡perderán su independencia, y llorarán su libertad!...

No queremos proseguir en el desgarrador relato de las infinitas desventuras porque pasan los individuos, las sociedades y los pueblos á la vista de la mal comprendida política, y consolémonos con aconsejarles hasta el último suspiro que, puesto que la vida del hombre es de muy corta duración, y un viaje fatigoso y desdichado, traten de dulcificarla disfrutando pacífica y tranquilamente de los goces con que le brindan la rica y variada naturaleza, los que podamos alcanzar del amor y de la familia, de los viajes y de las diversiones, sin olvidarse de los que se encuentran con la virtud y tranquilidad de conciencia, disfrutando de las comodidades que el arte nos ofrece; y olviden falsas discusiones que aparten de su corazón la dicha, y le conduzcan al sepulcro con increíble velocidad. Y si se vieran precisados á discutir ideas que creyesen necesarias para la felicidad de los pueblos, procuren entenderse emprendiendo su marcha política en compacta é indivisible unión precedidos de la justicia, de la tolerancia y de la generosidad, dejando en su camino para sus hijos los frutos que les han de dar la paz, la felicidad y la civilización... Así podrán borrar del diccionario de las calamidades el despotismo y la tiranía, las guerras y las conquistas, la disolvente anarquía, y el llanto y la desolación... Y así llegarán á ser una verdad las tres voces que son la base de la sublime doctrina del Redentor, y que forman el sagrado lema de

«Libertad, igualdad, fraternidad.»

MANUEL MARÍA GUILLEN.

LA NUBE.

Un día, el agua corrompida
de una charca cenagosa,
tristemente pesarosa
lamentaba así su vida.

—¿He de estar siempre olvidada
cercada de tierra inerte,

sin ver mas próspera suerte
que esta atmósfera viciada?...

De la población distante
entre asquerosos reptiles,
veo alejarse los rediles
y huye de mí el caminante.

Yo quiero un ambiente sano,
ver del sol la roja lumbre,
y llegar hasta la cumbre
del montecillo cercano.

Dios esta queja escuchó,
Y en brebe el sol del estío
secó la charca y el río,
y en niebla les convirtió.

—No basta, dijo la niebla,
á mi creciente deseo,
este horizonte que veo,
espacio que nadie puebla.

Yo quiero aspirar la vida
de los verdes tomillares,
y admirar los olivares
de la campiña tendida.

Luego de la tierra sube
mas vapor que la condensa,
y hace de la niebla densa
una clarísima nube.

—Corrí en alas de los vientos,
diz la nube, anchos espacios,
y ví ciudades, palacios,
y artísticos monumentos.

Mares rugientes que hervían,
cascadas que asombraban,
jardines que deleitaban
y auras leves que gemían.

¿Mas, no he de parar jamás?...
Tras de tantas sensaciones
quiero nuevas emociones,
mas anhelo, quiero mas.

Ese brillante arrebol
que colora el puro cielo
quiero dominarle, anhelo
colocarme junto al sol.

Calló, y Dios que en su justicia
y en su santa rectitud
galardonó la virtud
y castiga la avaricia;

Ambición tan orgullosa
que solo la envidia fragua,
deshizo, trocando en agua
á la nube pretenciosa.

¡Ay! de quien en su oído zumba
un eco de vana gloria,
y olvida que su memoria
no pasará de la tumba.

FABIO DE LA RADA Y DELGADO

LOS TALISMANES.

Grande y poderosa era la influencia, que estos símbolos ejercían en la imaginación de los pueblos antiguos, porque las gentes sencillas, dadas naturalmente á lo maravilloso, aprenden hasta con amor todos los errores, como vengan á herir la susceptibilidad de su ánimo con ese brillo, brillo oscuro del misterio.

Ningun mal había que temer, así se creía, llevando encima el sagrado y eficaz preservativo de un Talisman. El conserbaba la salud, combatía las dolencias, ahuyentaba los peligros, aseguraba, en fin, las venturas todas.

¿Quién puede fijar la época de su origen? El origen de esta superstición data de remotísimos tiempos. La creó el culto de los planetas y signos celestes: el interés luego multiplicó sus figuras y generalizó su devoción.

Los talismanes se hacían de cualquier metal, en pequeñas y planas formas circulares. Se sellaban con una marca parecida al carácter de nuestra alfabética T ó con la figura del sol ó de sus símbolos, ó con la imagen de la luna, ó de los otros planetas, ó bien con la de los signos del zodiaco. Y se llevaban suspen-

didados al cuello, como defendiendo el pecho, la urna del corazón, de las malas contingencias. Los orientales decían *Tselamin*, de *Tsellem*, imagen, figura, símbolo, medalla, *Talisman*.

El Sol, según las antiguas creencias, enjendraba el oro. Así, pues, el oro se consagraba al Sol, por razón, podríamos decir, de paternidad; derecho que justificaba la semejanza de color y de brillo. Y el sol reunía, condensaba todas sus influencias en una medalla de la materia que él mismo había creado, y en que veía su imagen religiosamente grabada.

La luna engendraba la plata; y por razón análoga, miraba con el mismo amor y complacencia la plancha de ese metal, que con su efígie le dedicaba la fe de sus adeptos.

Por semejanza ó equidad el hierro, el duro hierro se consagraba á Marte, Dios de los estermos; á Venus el cobre; á Saturno el plomo; á Mercurio el azogue; á Júpiter el estaño (no quedaba ya otro metal más decente). Y Júpiter, Saturno, Venus y Marte favorecían, como el Sol y la Luna, con toda la gracia santificante de su poder respectivo las medallas consagradas á sus altas divinidades con el sello de sus benéficas imágenes.

Cada idólatra elegía por escudo el metal de su devoción; y cuando el astro, ó dios de su metal, se olvidaba de la tutela debida á sus creyentes, la culpa era imputable. ¿A quién? A la intersección de las líneas de actividad de una influencia enemiga: la amiga no podía faltar nunca.

Hé ahí, pues, los Talismanes antiguos. Antiguos dije, porque también hay modernos y más eficaces aun y virtuosos que aquellos.

Los Talismanes modernos se hacen de oro, de plata, ó de cobre. Llevan la imagen de un buey pequeño en el anverso, y la de un puerco grande en el reverso. Los dos animales son símbolos de un mismo altar, cuya religión precisamente es tan limpia como ellos.

También se hacen de papel de varios colores; y estos preservativos reúnen las influencias de los otros tres. El idólatra moderno que se cuelga en el bolsillo una medalla en forma de cartera, atestada de talismanes de papel, no solo está libre de contingencias, sino que entra en la categoría de los dioses. Es infalible, lector: que te den papel para hacer la prueba, y las gracias me darás desde el Olimpo.

CECILIO NAVARRO.

LETRILLA.

Musa, pues eres
De edad tan tierna,
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

Si un sabio estudia
Jurisprudencia,
Gasta siete años
para aprenderla;
Y en siete días
La violeta

Le embute á un tonto
Todas las ciencias:
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

Ve el mayorazgo
Raras lampreas,
Y por ser caras
Se vá sin ellas;
Llégase un pobre
Lleno de deudas,
Y aunque sea á duro
Compra la pesca:
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

Lleva la usía,
Noble y con rentas,
Una basquiña
De como quiera;
Y una infelice
Soez ramera,
Con desden viste

Joyante seda
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

Goza el caballo
Cuadra muy buena,
Regalo eterno,
Siempre de huelga;
Y el pobre burro
Anda diez leguas,
Lleno de hambre,
Palos y leña:

Tú que no puedes
Llévame á cuestras

Vemos á un grande
Que le molesta
Que le estén dando
Siempre escelencia;
Y si á la esposa
De un vende esteras
Su mercé omito,
No da respuesta:
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

Los capitanes,
Con diez pesetas,
Dicen que casi
No hay para vueltas;
Y en siete cuartos
Quiéren que tenga
Plato el soldado,
Juego y mozueta:
Tú que no puedes
Llévame á cuestras.

IGLESIAS.

AMBERES.

Amberes es la ciudad de guerra por escelencia, el baluarte de la Bélgica hoy, la población más rica y comercial del mundo en otras épocas.

Como casi todas las ciudades, la de Amberes presenta un polígono regular ó recinto encerrado por cinco baluartes, dos de los cuales miran al campo, uno al Escalda, otro á la ciudad, cuyas fortificaciones está destinado á proteger el último. Independientes de la ciudadela, Amberes posee varios fuertes, tales como el de *Burgt*, colocado en la ribera izquierda del Escalda: el de la *Tete de Flandre*, al Norte de la ciudad en la ribera derecha; mas abajo y en el mismo lado están los fuertes de Saint-Philippe, de Lillo, de Frederic-Henri; y en la ribera izquierda seis fuertes reductos ó posiciones propias para establecer baterías. Un vasto circuito de muralla, en que hay cinco puertas, une todos los fuertes entre sí y completa la circunvalación militar de esta plaza.

Amberes, ciudad menos poblada que Gante, presenta, sin embargo, un aspecto más animado; no tiene 200,000 habitantes como en tiempo de Carlos V; pero su puerto, sus arsenales, la latitud y la rapidez del Escalda, los buques que llevan á la estremidad de sus mástiles las oriflamas de todas las naciones, el movimiento del comercio, su bello arrecife plantado de árboles, á cuyos pies corre el río, todo esto nos interesa y nos alegra. Las calles de Amberes son estrechas y sinuosas, dominadas por fachadas triangulares. La casa flamenco con su pared puntiaguda codea á la española con su frontis y cornisas arabescas. Nada falta á esta ciudad para ser dichosa; tiene dinero, magníficas plazas, un río soberbio, espléndidos palacios, un célebre museo, el más alto campanario que existe después del chapitel del de Munster y de Estrasburgo, y algunas maravillosas pinturas.

Al bajar del tren me dirigí á la plaza de *Meer*, atravesé la *Verte*, donde se levanta la estatua de Rubens, y me dirigí directamente á la catedral, fundada en el siglo XIII, y acabada completamente bajo el reinado de Carlos V. Nada es comparable por lo delicado y lo ligero con la aguja española en que acaba. Es bellísimo el punto de vista que se presenta

desde lo alto del gigantesco campanario de la catedral.

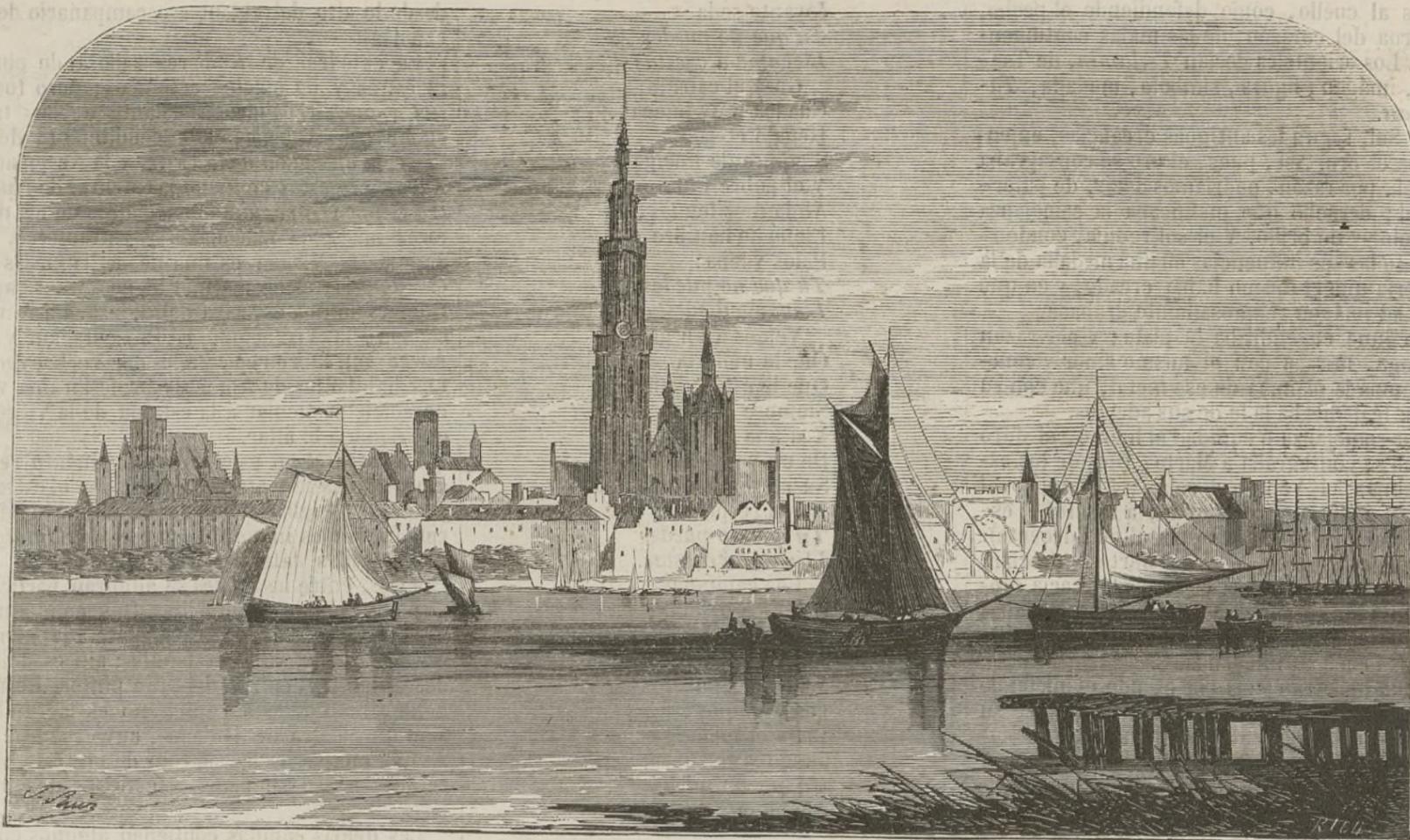
La catedral de Amberes rebosa de obras maestras y de objetos artísticos; pero todas sus riquezas palidecen delante de los tres cuadros de Rubens, el Descendimiento de la Cruz, la elevación de la Cruz, y la Ascension. Además de estos contiene la catedral de *Nuestra Señora*, otros muchos cuadros de los mejores maestros nacionales y extranjeros. El altar de la Virgen es una de las riquezas de esta iglesia; es de mármol blanco y sus bajos-relieves de una excesiva delicadeza. La Anunciación, la Visitación, la Presentación y la Ascension, fueron ejecutados por Verbruygen. Los habitantes de Amberes profesan una veneración particular á la estatua de la Virgen, que domina el altar.

La catedral no es el solo monumento religioso que merece atraer la atención del extranjero. Pocas iglesias he encontrado cuyo interior fuese más imponente que el de *Santiago*. Las capillas laterales rebosan también de cuadros, entre los cuales se admiran particularmente los de Hemmeling. Hay en ella una capilla consagrada exclusivamente á la memoria de Rubens, y de su familia; allí es donde descansan las cenizas del gran pintor. El más bello ornato de esta capilla no es la tumba, sino un cuadro de Rubens, cuyo asunto, la Santa Familia, le ha servido de pretexto para retratarse con su padre y con sus dos mujeres.

Las demás capillas contienen algunos cuadros de varios autores y algunas estatuas de escaso mérito. Al salir de esta iglesia me dirigí á la de *San Pablo* en donde admiré una preciosa galería de quince cuadros de diferentes autores, y que representan la vida de Jesucristo. Las iglesias de *San Carlos Borromeo*, antigua iglesia de los jesuitas, y la de *San Andrés*, contienen también algunas bellas composiciones; en esta última hay un mausoleo de mármol elevado á la memoria de la romántica reina de Escocia, María Estuardo, por dos de sus damas de honor, y un púlpito de bella y grande ejecución, esculpido por Van Hall. Tiene aun Amberes tres iglesias más; la de *San Agustín*, la de *San José* y la de *San Antonio de Padua*, en la que se ven dos cuadros, uno de Rubens y el otro de Van Dyck.

Había visto tantos cuadros y de los más bellos en las iglesias, que creía sinceramente que Amberes había despojado á su museo para adornar la paredes de sus monumentos religiosos. ¡Qué error! Amberes tiene sin disputa uno de los más hermosos museos del mundo, no por el número, sino por el mérito de los cuadros.

A pesar de hallarme cansado de las fatigas del día fuí á ver por la noche el *riddeck*, ó mejor dicho los *riddecks*, especie de bacanales náuticas situadas en un vasto barrio junto al puerto. Si vais allí penetrareis en una gran sala donde vereis agitarse al través del humo de las lámparas, pipas y cigarros, una cohorte de dioses marinos con chaquetas coloradas, y de diosas con pintorescos trages. Pero si tenéis el olfato delicado no penetréis en estos lugares en donde el olor al tabaco, cerveza, aguardiente y bacalao, podría muy bien asfixiaros. Entre las mujeres de este sitio resaltan las frisonas, buenas mozas, rubias, con dientes y brazos blancos, y con labios de rosa, llevando con orgullo su diadema de hojas de oro. Hagámosles, sin embargo, la justicia de decir que su orgullo no es más que aparente. Si os ven solos sentados á una mesa andarán á vuestro alrededor, y pronto os pedirán, ésta un vaso de aguardiente, aquella de cerveza, la otra de naranjada, etc., etc. Casi todas las mujeres que hacen la gloria de los *riddecks* son de Rotterdam, de Amsterdam, de Berg-Op-Zoom y de la Frisia. La mayor parte son hijas de marineros y pasan su vida danzando con marineros. Cuando los preludios de la orquesta anuncian el baile, chaquetas coloradas y aéreos vestidos blancos se precipitan tumul-



BÉLGICA.—Amberes.

tuosamente enlazados, produciendo un torbellino que arrastra muchas veces sillas y mesas cargadas de vasos y botellas.

En la misma calle y en las vecinas se encuentran también casas de aspecto tranquilo y reposado que no se hacen notar sino por cristales de colores en las ventanas. Estas casas son otros tantos *riddecks*, pero con la diferencia de que en ellos no se baila sino que se fuma, se charla y se bebe. En estos establecimientos el público no está servido por mozos; los ganimeses son en ellos ventajosamente sustituidos por hebes, ricamente vestidas, que se cuidan mucho menos, es cierto, de servir el néctar á los Júpiter flamencos ú otros, que de beber ellas mismas á costa de estos.

Aun no he dicho nada de la casa consistorial, que en verdad merece que se le consagren algunas líneas. Este palacio, de bella arquitectura, tiene cuatro cuerpos principales y un hermoso frontispicio adornado de estatuas. La fachada descansa sobre una base rústica y presenta un ajimez de cinco pisos con columnas de mármol ondeado de blanco y encarnado, y termina con una colosal imagen de la Virgen. Sus salones son espaciosos y ricamente decorados, sobre todo el que sirve para la celebración de los matrimonios civiles, cuya chimenea merece fijar la atención; en la oficina de los pasaportes se ve un hermoso cuadro del juicio final, por Floris. Detrás de este edificio se encuentran los barrios más estrechos, más sinuosos, pero también los más pintorescos de Amberes. La bolsa es un lindísimo monumento. Un claustro que presenta cuatro frentes, en el centro del cual hay un gran patio cerrado por cuatro calles que forman hermosos arcos sostenidos por cuarenta y cuatro columnas de preciosísima piedra azul; tal es el edificio destinado á las operaciones mercantiles.

El jardín botánico de Amberes, situado á un cuarto de legua de la población, es muy

bonito, está adornado de tulipanes y de jacintos y accidentado de templetos griegos y de puentes chinoscos. Entre los puntos más notables de los alrededores de Amberes, citaré á Hemixen, cuya iglesia guarda la tumba del caballero Antonio de Brabante, hijo natural de Felipe de Borgoña. En Wertmale, en la carretera de Turnhout, se encuentra un convento de religiosos de la Trapa, en número de treinta y seis, que siguen en toda su austeridad la regla de San Bruno. Un hábito de paño burdo ceñido al talle por una cuerda, tal es todo su traje. No hablan nada, se dejan crecer la barba y se afeitan los cabellos. Una tabla desnuda les sirve de cama; pan, leche y legumbres son su alimento. La regla, como se sabe, prescribe el silencio más absoluto. Así es que estos religiosos nunca pronuncian una palabra, y si alguna vez alguien los interroga, por toda respuesta se cubren la cabeza con su capucha. Es permitido á los extranjeros visitar el convento, y cuando me presenté en él, acompañado de un amigo, el portero nos recomendó muchísimo que no dirigiésemos la palabra á ningún religioso. Estos hombres, vestidos uniformemente, pasaban por nuestro lado como sombras, y parecía como que no notaban nuestra presencia. Aquí vienen á recogerse y á orar estas almas enfermas, heridas, muertas para el mundo, que no piden á la tierra más que un asilo de un día para esperar la muerte. Ví en este convento tenebroso y frío, no sin cierta emoción, cómo el hombre separado de sus semejantes se apaga y muere, disfrutando al parecer buena salud.

E. TEXIER.

A UNA POETISA.

Dulces son ¡ay! tus versos como cantos
De tiernos ruiseñores;
Vastísima estension tiene el ingenio

Que al admirar del orbe los encantos
Retrata los primores
De la bella natura creadora
Tu luto ó alegría,
La noche aterradora
La luz que vierte esplendoroso el día.
A bello estilo formas adaptando,
La espresion de la idea
Feliz tu ingenio, cual natura crea.
Tu poder admirando,
Y así con suaves tintas
La encantadora escena
Que te ofrece ante tí, veraz nos pintas.
Cuando en la *playa amena*
Grata armonía con la mar formando,
Oyes la voz de sentimiento llena
De un marino dichoso
Que olvida sus afanes recordando
Que al volver amoroso
Con su barquilla y redes
Premio de amores le dará Mercedes.
Cuando pulsas la lira
En la *playa arenosa*,
Comparando á una amiga con la rosa
Y nos dicen tus cantos
Que ornada *su sien pura*
De corona de nardo cual la nieve
Escede en hermosura
A las limpias estrellas,
Esa noche más puras y más bellas.
Cuando admiras de Dios el poderío,
Al contemplar *la inmensidad del cielo*
El dulce aliento de la pura brisa,
El agua cristalina de la fuente,
El prado, el mar, ó el *trasparente velo*.
Que á la aurora acompaña
Comprendo que no engaña;
Tu hermoso corazón, habla cual siente.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.